

LA RENDICIÓN DE LA ESCUADRA FRANCESA DE ROSILY

(14 de junio de 1808)

Miguel ARAGÓN FONTENLA
Coronel de Infantería de Marina

Introducción

La rendición de la escuadra francesa del almirante Rosily, en la rada de Cádiz, el 14 de junio de 1808, no destaca en los anales de nuestra historia como una acción de relevante importancia, quizás, porque no fue un enfrentamiento de dos fuerzas homogéneas en un gran campo de batalla y donde apenas se causó bajas por ambos bandos. Pero sin embargo, resultó ser un episodio que marcó el comienzo de una cruzada que acabaría años después con los sueños imperialistas de Napoleón.

Para mejor explicar los antecedentes y causas que llevaron al combate e ir conectando acontecimientos, me voy a apoyar en la trayectoria de dos protagonistas de aquellos momentos, cada uno de un bando contrario y ambos víctimas del destino. El uno francés, el almirante Rosily, marino de gran valía que de haber llegado a relevar a Villeneuve posiblemente se hubiera evitado el enfrentamiento en Trafalgar. Y el otro español, el general Solano, capitán general de Andalucía del que quiero resaltar su persona e ignominioso final.

Almirante Rosily

François Étienne de Rosily-Mesros. Nace el Rochefort el 3 de junio de 1748. De noble cuna es hijo del conde de Rosily, jefe de escuadra en Brest cuando, en el 1762, ingresa Francois en la Armada como guardiamarina.

En 1770, siendo alférez de navío, Francois se embarca en la aventura del célebre científico Ives Joseph de Kerguelen Tremaréc, que a bordo de la fragata *La Fortune* realiza una campaña científica alrededor del mundo, entre cuyos objetivos estaba la investigación en mares preantárticos. Dos años después, navegando al sur del cabo de Buena Esperanza, la expedición descubre

un archipiélago que fue bautizado como Desolación, hoy islas Kerguelen. Es en esta ocasión donde el joven oficial Rosily tendría una desagradable experiencia de la que afortunadamente no saldría mal parado ya que, al regresar a bordo tras un reconocimiento de los islotes, se encuentra que la fragata ha desaparecido. Durante días espera auxilio, hasta que por fin es recogido por la urca *Gros-Ventre* que casualmente surcaba aquellos recónditos parajes regresando a Francia

Una prueba de indiscutible valor fue cuando en 1778, siendo teniente de navío y al mando de un lugre acude en apoyo de la fragata francesa *Belle-Poule* que estaba siendo atacada por la inglesa *Arethusa* y por el cúter *Alert*. Rosily no duda en aborda al cúter británico a pesar de su notable inferioridad, dando oportunidad a la fragata francesa a deshacerse de su enemigo. En el combate Rosily pierde gran parte de su gente y su propio buque que, totalmente inutilizado acaba siendo presa de los ingleses. Admirado por el propio ministro de marina británico, es liberado Rosily un año después. Recibe la cruz de San Luis como pago a su valiente actuación.

Encargado de diversas misiones políticas y científicas, Rosily zarpó de Brest en febrero de 1785. Durante siete años se entregó a una difícil navegación por el mar Rojo, mares de la India y China. Es debido a su larga ausencia y distanciamiento de la metrópoli, que se vio libre de la purga que supuso la revolución para los marinos de su linaje afines a la monarquía.

Vicealmirante a los 46 años cumplió diversas misiones en Génova, en Boulogne y en Anvers, facilitando valiosos informes al general Bonaparte para la expedición a Egipto.

Conocedor Napoleón de la valía científica de Rosily le encarga en 1802 un informe detallado sobre la costa de África.

Finalizada la misión, ansía Rosily un destino activo. Compite con Villanueva en el mando de la escuadra combinada, mas Bonaparte se inclina a favor de su rival. Más tarde encuentra la oportunidad cuando, descontento el Emperador con el comportamiento del almirante Villeneuve al mando de la escuadra combinada franco española, da orden al ministro de Marina Decrès para que Villeneuve sea relevado por Rosily, llevando como misión la de romper el bloqueo de la escuadra inglesa y salir de Cádiz para dirigirse al Mediterráneo.

En resumidas cuentas se puede decir que el almirante Rosily era un marino de la época del primer imperio, aristócrata, culto, en la línea de los marinos científicos del momento, de alto prestigio y valor reconocido.

En los días de Trafalgar

Al llegar Rosily a Cádiz el 25 de octubre de 1805, cuatro días después de que Villeneuve, sabiendo que iba a ser relevado, en un alarde de valor o de desesperación optó por zarpar con la escuadra combinada, se encuentra con el lamentable espectáculo de una escuadra destrozada. De los 33 buques que constituían la escuadra franco española, que el 22 de octubre de 1805 se enfrentó a la inglesa del almirante Nelson frente al cabo de Trafalgar, tan solo 10 navíos y cinco fragatas consiguen regresar a Cádiz. De ellos, 5 eran franceses, a saber: *Neptune* de 92 cañones; *Héros* de 84; *Algeciras* de 86; y *Plutón* y *Argonauta* de 74. Además de las 5 fragatas: *Cornelie*, *Hermione*, *Hortense*, *Rhin* y *Themis*.

No era el mando que tanto había ansiado, pero no era Rosily un hombre que se dejara llevar por el desánimo, todo al contrario, de recursos y resolutivo. Sus primeros esfuerzos estuvieron orientados en lograr la mejor atención de los heridos franceses y canje de prisioneros, para lo que encontró máximo apoyo en el que era por entonces el gobernador militar de provincia, el general Solano. Su segunda prioridad estuvo puesta en la pronta rehabilitación de los cinco navíos franceses. En cuanto a las fragatas, que se encontraban en buen estado al no haber tenido que combatir, tan solo se quedó con la *Cornelie*. Las otras cuatro junto, con los tres bergantines, lograron en febrero del siguiente año romper el bloqueo inglés y regresar a Francia.

Inteligencia, habilidad política y dotes diplomáticas no le faltaban a Rosily, ya que logró que por orden expresa de Godoy se le dieran prioridad a la reparación de los navíos franceses. Pronto la división francesa, completada con las dotaciones de los buques naufragados, se encontraba nuevamente alistada y con avituallamiento para cinco meses. A ella se ordenó la incorporación del navío *San Justo* con una dotación elegida. En la mente del almirante francés estaba la nueva misión que su Emperador, a través de Ministro de marina Decrès, le había encomendado: «mantener alistada en Cádiz a esa reducida escuadra, pendiente de recibir instrucciones». Veremos más tarde que estas instrucciones iban acompañada de otras muy concretas.

Muy diferente fue para los buques españoles. Bastante más dañados tras el combate que los franceses y falto el arsenal de enseres, con dificultad, en los años sucesivos se fueron poco a poco reparando, hasta lograr que en 1808 se dispusiera en Cádiz de una escuadra de seis navíos y una fragata, puesta bajo el mando del jefe de escuadra D. Juan Ruiz de Apodaca.

Si difícil fue la reparación de los buques más lo fue el lograr dotaciones para marinearlos. Para medio alistar los buques, hubo que recurrir de nuevo al embarque de tropa de Marina y Ejército y a la llamada *matrícula de mar* (contemplada en las Ordenanzas de 1802 como un recurso para paliar esta falta de dotaciones, al establecer un sistema que facilitara el disponer de gente útil para el servicio en los bajeles y arsenales de S.M. por la que los alistados recibían las privilegios de dedicarse a la navegación y a la pesca a cambio de servir a bordo cuando eran demandados).

En cuanto a los ingleses, una vez Collingwood hubo recuperado su escuadra tras el combate no tarda en volver a navegar por el golfo de Cádiz en una predisposición de mantener el bloqueo y controlar el tráfico a los puertos españoles. Pero a sabiendas de lo debilitada que se encontraba tanto la escuadra española como francesa, el bloqueo que ejercían era tan débil que el comercio a Cádiz, durante período entre contiendas se realizaba con suma normalidad, quedando el almirante Purvis al mando de una pequeña división y retirándose Collingwood con el resto al bloqueo del puerto de Tolón

Llegado a este momento y para mejor entender ciertos aspectos que rodean la rendición de la escuadra francesa, voy a continuar la exposición aprovechándome de otro personaje del momento al que considero que ha sido injustamente tratado por alguno de nuestros historiadores. Me refiero al que durante el período que comprende entre Trafalgar y el levantamiento contra Napoleón era el capitán general de Andalucía y gobernador político y militar de Cádiz, el teniente general don Francisco María Solano, marques de la Solana, que lo era interino desde 1803. De poco le valieron al general la dedicación y méritos hacia su tan querido pueblo gaditano, ya que cuando el odio nubla a la razón surgen víctimas propiciatorias.

Francisco Solano

Don Francisco Solano nació en Caracas en 1769. Era hijo del que fue capitán general de la Armada don José Solano y Bote, marino de brillante carrera quién con astucia luchó contra los ingleses en la toma de Pensacola, lo que le valió le recompensara el Rey con el título de *Marqués del Socorro* para sí y sus descendientes.

Desde temprana edad Francisco Solano, sintió inquietud por el servicio de las armas, con el anhelo de igualar en sus campañas en tierra el valor que caracterizó a su padre en las gestas en la mar.

Siendo joven oficial, entre 1795 y 1797, participa en combate durante la guerra de la Convención, en la que España aliada con Inglaterra y Austria se enfrenta a Francia. Firmada la paz y sintiendo admiración por las nuevas doctrinas emanadas de los jóvenes generales de la Revolución, pasó como voluntario al ejército del Rin bajo las órdenes del general francés Moreau, de quien recibió aprendizaje en la campaña contra los austriacos. Inteligente e inquieto se sintió pronto atraído por las doctrinas liberales e ideología ilustrada que comenzaban a imponerse en Europa, fruto de la revolución francesa.

En 1803, a sus 34 años de edad fue nombrado gobernador de Cádiz, en un momento en que se acababa de firmar la paz con Inglaterra, pero en el que la neutralidad de nuestro País se encontraba bajo las condiciones impuestas en el Tratado de San Ildefonso, quedando España comprometida a auxiliar a Napoleón con el pago mensual de un subsidio de un millón de pesos fuertes, además de una considerable cantidad de caballos.

Durante el corto período de calma, la labor de Solano en beneficio de la provincia pronto se dejó notar, favoreció el comercio con una prudente administración y ensoñó la ciudad, lo que le valió el reconocimiento y el aprecio de los gaditanos.

En octubre de 1804, asoló la provincia un rebrote de fiebre amarilla, menos virulento que el de 1800, pero que llegó contagiar a unos nueve mil quinientos ciudadanos. La epidemia fue eficazmente controlada en dos meses gracias a la organización y al orden emanados de la Junta de Sanidad, sabiamente arbitrada por el gobernador Solano

Poco duró la neutralidad con los ingleses ya que, el 12 de diciembre de 1804 tras el combate de cabo Santa María, España declara de nuevo la guerra a Inglaterra, aliándonos con Francia.

A principios del siguiente año, los ingleses restablecen el bloqueo al puerto gaditano. El recio carácter de Solano se dejó notar en la contestación a la misiva, que firmada a bordo del navío *The Glory* el 2 de enero de 1805, dirige el almirante Orde al gobernador. En esa nota advierte que:

«...sabiendo de oficio que España había declarado la guerra a los ingleses, se hallaba en la penosa necesidad de poner el puerto de Cádiz bajo bloqueo, que trasladaba a su noticia esta resolución para que los cónsules extranjeros supiesen que todo buque que intentase entrar o salir, estaría sujeto a sus consecuencias.»

Terminaba, ofreciendo permitir el libre paso por entre su escuadra a los pescadores, siempre que las baterías cercanas a Cádiz y Ceuta se abstuviesen de hacer fuego sobre los buques ingleses que por accidente arribasen a la distancia de ellas.

Solano, que no profesaba simpatía alguna por los ingleses, al día siguiente responde a Orde con una carta llena de una impetuosidad y que decía así:

«Exmo. Sr. tocándonos solo obedecer las órdenes de nuestros gobiernos respectivos, debo dejar a las naciones neutrales el cuidado de reclamar la injuria que se les hace en declarar bloqueado el puerto de Cádiz. Una mera declaración del gobierno inglés no basta a anular el derecho de las naciones: la fuerza sola puede darle efecto».

«Los pescadores españoles se ocupan en pescar, pero ninguna ley, ninguna fuerza será bastante a hacerlos infieles a su rey. VE. no exigirá de ellos tan horrible servicio, ni puedo creer que voluntariamente me proponga una inacción culpable, cuando los buques de su escuadra se acerquen al alcance de los fuegos de tierra. No hay pacto, ni condición que me releve de mi deber, ni hay potencia sobre la tierra autorizada a proponerme mi deshonor. Puede VE. si gusta privar de su alimento a un pueblo inocente, pero no de su honra a los que tenemos de ser sus defensores. Las armas del rey católico, mi amo, no han sido las agresoras; pero no pasarán jamás por la ignominia de un sufrimiento vergonzoso».

Solano, como muestra de lo manifestado ordenó armar las baterías de los buques surtos y de la plaza en espera de una respuesta agresiva, que no llegó, limitándose la escuadra inglesa a un poco efectivo bloqueo.

En agosto de 1805, se concentra en la bahía gaditana la flota combinada de Villeneuve que pronto es sitiada por la de Nelson. El gobernador Solano, en todo momento se mostró solícito con el general Gravina, consiguiendo del Ayuntamiento un recurso de 600 mil reales para víveres, ya que la Tesorería Real carecía de ellos. Así mismo viendo la posibilidad de un ataque inglés a la plaza solicitó a Godoy el armar hasta mil soldados milicianos para la defensa de la plaza, mas como recibió como respuesta la falta de recursos de la

Hacienda pública, logró organizar esta milicia a costa de sufragar los gastos con aumento del impuesto sobre las botas de vino.

Tras el combate de Trafalgar las playas quedaron repletas de despojos, entre restos de maderos yacían multitud de cadáveres y heridos, el comportamiento de la población gaditana para con los desdichados naufragos, sin distinción de nacionalidad, fue ejemplar.

La intervención del general Solano, como máxima autoridad de Cádiz, fue decisiva durante los funestos días posteriores. Su máxima preocupación fue el bienestar de los combatientes, quedando reflejada en el intercambio de correspondencia entre el general y el almirante Collingwood para tratar del canje de heridos y libertad de los prisioneros.

La diligente actuación de Solano durante y después de Trafalgar, supuso el reconocimiento de la Corte de Carlos IV y su nombramiento efectivo como capitán general de Andalucía y gobernador de Cádiz.

Los años siguientes fueron para el Gobernador un continuo participar en la agitada vida social de Cádiz donde los acontecimientos en Europa se seguían con inusitada atención en tertulias del casino y en los corrillos de la vía pública, reflejo de esa agitación que nos ha quedado bien relatada en la obra «Cádiz» del insigne Benito Pérez Galdós.

Ahora bien, en los planes de Napoleón estaba la ocupación de Portugal y su desmembramiento en tres estados, para ello el 27 de octubre de 1807 en Fontainebleau se firma un convenio por el cual el emperador otorgaría la provincia del Alentejo y el reino de los Algarves al Príncipe de la Paz, con el título de Príncipe de los Algarves. Pero, antes de quedar ratificado este convenio, las tropas francesas del general Junot ya estaban atravesando la frontera pirenaica y se dirigían a marchas forzadas hacia Lisboa. Para reforzar el avance francés se había ordenado a otras fuerzas españolas avanzar en combinación desde otras direcciones atravesando la frontera lusa.

De una de estas divisiones tomó el mando el general Solano, que desde Cádiz debe operar sobre el prometido reino del Príncipe de la Paz, los Algarves y el Alentejo. Sin apenas resistencia el ejército de Solano se hace con la fortaleza de Yelves e instala en Setúbal su cuartel general en espera de la evolución de los acontecimientos, que para entonces se vislumbraban inciertos.

Ante el avance francés y socorridos por los británicos los reyes de Portugal se exilian a Brasil. Junot ocupa Lisboa y proclama a Portugal bajo del gobierno

del emperador Napoleón. Esta proclama cae como jarra de agua fría en Godoy que ve que no va a haber reparto y presagia que los planes de Napoleón son otros. Contra lo estipulado en el tratado las tropas francesas continúan entrando en España por Guipúzcoa, Roncesvalles y por Cataluña, instalándose con total condescendencia en el frente: Pamplona, San Sebastián, Pancorbo, Figueras y Barcelona, con lo que queda asegurada para las tropas francesas una amplia vía de comunicación hacia el interior de la Península.

En la mente de Godoy estaba que, antes que la Familia Real española cayera bajo la tutela de Napoleón debía asegurar su salida de España, y su refugio en un país seguro, teniendo en México el lugar elegido. Para ello organizó el traslado de la Familia Real a Sevilla, ordenó reunir en Aranjuez tropas de la guardia Real para la escolta y envió orden al general Solano para que evacuase Portugal y que con su ejército esperase sus órdenes en Badajoz, para asegurar el paso a Andalucía.

El levantamiento popular del 17 de marzo de 1808 en Aranjuez contra la turbia maniobra del valido echó al traste estos planes. Godoy pudo escapar de ser linchado escondiéndose en un desván y supuso el fin para el todopoderoso Príncipe de la Paz, el Rey atemorizado firmará al día siguiente un decreto exonerándole de todos los cargos del gobierno y abdica en su hijo el Príncipe de Asturias.

Napoleón, previendo la huida de la Familia Real, había dado instrucciones a su ministro de Marina para con la escuadra que se encontraba en Cádiz. Así el 21 de febrero de 1808, Decrès envía a Rosily las instrucciones del Emperador y le previene del enfriamiento de las relaciones con España, indicándole que situase sus buques fuera del alcance de las baterías españolas, de forma que pudiera defender la bahía de cualquier ataque interior o exterior. Así mismo le decía:

«Procurar no manifestar inquietud, pero preparaos para cualquier evento sin afectación y tan solo obedeciendo órdenes que habéis recibido para partir. Colocad en medio al navío español (San Justo) bajo tiro de cañón de los franceses».

Terminaban las instrucciones mandando a Rosily que a todo trance impidiese la salida de la Familia Real.

Además de impedir la salida de la Familia Real los planes de Napoleón para con la escuadra de Rosily tenía otro objetivo que era: «aguardar la llega-

da de un ejército imperial, que por tierra debía atravesar la Península y enlazar con las marítimas en Cádiz, para posteriormente atravesar el Estrecho y ocupar objetivos en el norte de África como base a un avance hacia la India».

Cádiz en los primeros días del levantamiento

Los acontecimientos en España se suceden con premura, el 2 de mayo de 1808 tiene lugar el levantamiento del pueblo madrileño contra las tropas francesas del mariscal Murat y la consiguiente represión que incitó los ánimos de un pueblo que veía como una ignominia la ocupación francesa del territorio español. Se crea la Junta Suprema de la Nación que presidida por el mismo Murat propicia el reconocimiento de José Bonaparte como legítimo Soberano. Los sucesos de Madrid corren como la pólvora de provincia en provincia soliviantando los ánimos populares en contra de los franceses.

El general Solano se encontraba en Badajoz cuando le llegan las noticias de los acontecimientos ocurridos en Madrid, con desasosiego prevé inminente la guerra contra Francia; así mismo, de la Junta Suprema recibe, al igual que la recibieron todos los generales con mando en tropas y plaza, órdenes de acatar obediencia al nuevo Soberano, con instrucciones concretas de Murat para que Solano, nuevamente, se hiciera con la Capitanía General de Andalucía.

Sin duda, el gran duque de Berg recelaba del general Solano, y sabía que Solano conocía por experiencia a los franceses y su manera de combatir y de quién, en esos momentos, no deseaba tuviera el mando del cuerpo de ejército en Badajoz, que pudiera amenazar el previsto avance del ejército francés sobre Andalucía. Este mismo conocimiento de los franceses y apego a sus costumbres será igualmente causa de celos de sus propios compatriotas.

A mediados de mayo, cuando llega Solano a Cádiz para hacerse con el cargo que le había sido otorgado, se encuentra con la población muy alterada contra los franceses. Llevados por un afán de venganza exigen del general el ataque inmediato a la escuadra gala fondeada en medio de la bahía. Pero Solano no se deja llevar por las exigencias de una masa enaltecida, y de momento, de mutuo acuerdo con el comandante general del Departamento, brigadier Joaquín Moreno, y ante el temor de que Rosily intentara alguna acción sobre la costa, ordena organizar la vigilancia en torno a la escuadra

francesa. Se reforzaron las guarniciones de las fortificaciones y se intensificaron las patrullas por las playas de la bahía con la orden de que: «*por ningún motivo se permitiera el desembarco de tropa alguna que no fuese española.*»

Desde la cubierta del navío *Héros* a Rosily no le pasan desapercibidos los movimientos de los españoles e inquieto ante la sospecha de un posible ataque a su escuadra y con el pretexto de defender mejor la flota conjunta de un ataque inglés, propone al jefe de la escuadra Ruiz de Apodaca ejecutar una maniobra, previamente acordada entre ambos jefes y que no responde sino a la desconfianza mutua entre los propios aliados ante un posible ataque enemigo, consistente en intercalar los navíos de ambas escuadras.

La razón no se llega a entender, ya que con esa disposición la escuadra francesa netamente superior en fuerza a la española adquiere notable ventaja. En oficio de 12 de mayo Joaquín Moreno acepta la ejecución del dispositivo sugerido por Rosily, de modo que los navíos de ambas naciones quedarían intercalados según la siguiente distribución: *Neptune* (francés), *Príncipe* (español), *Herós* (francés), *San Justo* (español), *Algeciras* (francés), *Montañés* (español), *Argonaute* (francés), *Terrible* (español), *Plutón* (francés), *San Fulgencio* (español) y *San Leandro* (español).

Esta formación crea una línea que, comenzando frente al bajo de las Cabezuelas, se prolonga hacia el interior de la bahía. Puede entenderse que por ambas partes recelaba, más que el apoyo mutuo, una manera de tener controlada y a tiro la escuadra contraria, que en cualquier momento podía volverse en contra del hasta entonces supuesto aliado

El 22 de mayo Sevilla secunda el levantamiento contra los franceses y rechaza la autoridad de la Junta Central, a la que considera al servicio del enemigo, e instaura un órgano de gobierno del reino al que titula Junta Suprema de España e Indias (Junta Suprema de Gobierno de la Nación).

La Junta Suprema, mediante la emisión de bandos a las distintas provincias, insta al levantamiento contra el invasor al que declara en guerra, pide su reconocimiento como autoridad gubernamental, y establece representaciones mediante juntas provinciales y locales.

Se muestra irresoluto el general Solano a secundar en Cádiz el levantamiento contra Napoleón que insistentemente desde Sevilla emanaba de la Junta, recientemente creada, a la que Solano concedía un carácter más popular que institucional. Su indecisión la basa en el desconocimiento del alcance que la insurrección había alcanzado en otras provincias.

Temeroso a tomar una determinación prematura de la que no estaba seguro de su éxito, el 28 de mayo convoca en su propia casa a los once generales de tierra y mar que se encontraban en la ciudad. Entre los que figuran: el comandante general de ese departamento, Joaquín Moreno; los capitanes generales que habían sido de esta provincia; el príncipe de Monforte; Tomás Morla, anterior gobernador militar; Manuel de la Peña; Juan Ruiz de Apodaca, comandante en jefe de la escuadra de Cádiz; el mariscal de campo Juan Ugalde; Jerónimo Peinado; Narciso de Pedro y Juan del Pozo.

Tras una larga discusión, en un punto estaban los presentes de acuerdo con el Capitán General, y era en el de actuar con prudencia. Consideraban los generales que era aventurado declararse abiertamente contra Francia, repudiaban la idea de dejarse llevar por la resolución de una junta popular; no confiaban en el éxito del que aparentaba ser un movimiento aislado y momentáneo en Sevilla. Se manifestaron los generales en el deseo de no abandonar la causa de la Nación y prepararse para la guerra, pero no secundarla hasta estar seguros que no se trataba de alborotos efímeros, sino de una verdadera revolución secundada por todo el país y dirigida por una autoridad reconocida por todos y con declaración oficial de guerra a Napoleón. Para ello, se acordó la publicación de un bando, que quedó redactado esa misma noche del 28.

En ese bando los generales exponían sus sentimientos a favor de la Junta de Sevilla, pero también sus temores al levantamiento en armas contra la escuadra francesa, con alguno de los siguientes argumentos:

- Consideraban que los verdaderos enemigos eran los ingleses, que encontrándose con su escuadra al acecho bloqueando el puerto desde la mar, podían acometer una inesperada acción ventajosa.

En el manifiesto, Solano se lamentaba amargamente contra el proceder de la Familia Real:

Nuestros soberanos que tenían un legítimo derecho y autoridad para convocarnos y conducirnos a sus enemigos, lejos de hacerlo, han declarado Padre e Hijo repetidas veces que los que se toman por tales (enemigos) son sus amigos íntimos, y en su consecuencia se han ido espontáneamente y sin violencia con ellos ¿Quién reclama, pues, nuestro sacrificio?

- Preocupaba la falta de tropa preparada, que con la disponible apenas se cubrían la defensa de las fortificaciones. Sobre este punto lo que Solano se

resistía era a armar incontroladas milicias en tal estado de excitación, temiendo que la chusma se cebase con ciudadanos extranjeros.

- Se comprometían a enviar a Sevilla y a los pueblos importantes de la provincia a oficiales con el objeto de alistar organizaren milicias a la gente que se presentase. Pero sin que los alistados en Cádiz salieran de la ciudad.

Pero la verdadera causa de no ceder a las presiones del pueblo, que encabezados por el conde de Teba enviado desde Sevilla por la Junta exigían forzar la rendición inmediata de la escuadra francesa, la habían expuesto en la reunión los mandos de la Marina, y no era otra que debido a encontrarse los buques intercalados los nuestros estaban bajo la superioridad de los franceses, mejor armados y dotados. Además, si se entabla el combate el daño a los navíos de la escuadra española por los fuegos artilleros dirigidos contra los franceses era inevitable, sobre todo si se empleaban bala roja; por lo que antes de cualquier determinación era preciso separar las escuadras.

Firmado el bando por los once generales, se hizo público esa misma noche ante una impaciente muchedumbre que aguardaba en las calles con el convencimiento que el bando iba a ser el grito de guerra abierta a los franceses. Más cuando vieron que de él emanaba una solicitud a la calma y a la sensatez, el gentío comenzó a alborotarse. Incitados por los emisarios de la Junta de Sevilla, voces de traición empezaron a proferirse contra la persona del general Solano que pronto secundó la plebe, la cual soliviantada se dirige a la vivienda del general. Solano logra calmar los ánimos asegurando una nueva reunión de generales para el día siguiente.

Durante esos días Cádiz, a consecuencia de la paulatina avalancha de gente que procedente de pueblos cercanos de la provincia, e incluso de Sevilla, buscaban amparo tras los muros de la ciudad, soportaba una población muy superior a la suya habitual. Muchos por temor a caer en manos de los franceses en el caso de enfrentamiento; otros, curiosos por seguir de cerca las noticias y acontecimientos que se iban sucediendo; cuando no aventureros y patriotas deseosos de ofrecer su sangre por una causa justa. Pero también, en situaciones de crisis cuando la gente se convierte en masa, surgen ciertos individuos que como alimañas salidas de los bajos fondos e invadidos de un irracional odio hacia la sociedad en general se alimentan de fervor que son capaces de inyectar a esa masa para trasformarla en chusma con la sola intención de crear desorden y anarquía. Víctima de esa cólera irracional fue el general Solano el día siguiente de la publicación del bando.

Entre tanto, Rosily, ante la gravedad que estaba tomando la situación y bajo el temor a una pronta agresión, hizo fondear sus navíos de manera que mejor pudiera batir a las posiciones españolas y envió botes para el reconocimiento del caño del Trocadero.

En la larga noche del 28 de mayo en cantinas y tugurios no se hablaba de otra cosa que del dichoso bando, la imagen del que durante tantos años había sido el benefactor de los gaditanos comenzó a degradarse. Los más alborotadores irrumpieron en la casa de cónsul francés Mr. Le Roy, personaje odiado por su arrogancia, quien logró huir a tiempo refugiándose en el convento de San Agustín, para luego y con ayuda de amistades lograr llegar a la escuadra francesa.

Desde primeras horas del día siguiente, 29, comenzaron a aplicarse las directivas emanadas del bando. Hacia Sevilla se dirigió el mariscal Félix Jones con órdenes de Solano para organizar milicias, y se abre una oficina de alistamiento para que los más fervientes patriotas se anexionaran a la causa. Ante el aviso de movimientos de embarcaciones francesas en el Trocadero e inmediatamente ordena Solano el envío de efectivos para ocupar ese asentamiento.

Muerte del general Solano

Esa mañana, de nuevo Solano convoca a los generales en Consejo de Guerra, los que convienen que la ciudad debería declararse abiertamente por el alzamiento incitado por la Junta de Sevilla, conforme a las exigencias del enardecido pueblo. Mientras, en la calle el gentío a gritos, interrumpiendo la sesión en repetidas ocasiones, pide desafortadamente batir a la escuadra francesa, teniendo el general que salir al balcón para apaciguar los ánimos e incitando a la prudencia por salvaguardar a la propia escuadra de los resultados desafortunados, que un ataque a los franceses podía ocasionar. Estos temores fueron interpretados como sospechas de encubrir debilidades tendenciosas a favor de los franceses.

Incitada por algunos cabecillas el odio hacia el general Solano, y no hacia los otros generales que también eran artífices del bando, la muchedumbre indignada partiendo de la plaza de San Antonio se dirigió hacia su casa. Era la hora del almuerzo y la residencia del general estaba tan solo protegida por la guardia

militar, pocos efectivos para frenar al furioso túmulo que a gritos pedía su pena de muerte. Tres cabecillas pidieron ser recibidos por el general, el más representativo era un tal Pedro Pablo Olaechea, quien haciéndose portavoz de la masa exige con arrogancia al general, la dejación del mando. Ante la negativa de éste, se produce un forcejeo, que es aprovechado por uno de los incitadores para dar aviso al gentío que aguardaba a las puertas. De nada sirve el fuego de intimidación que hace la guardia, pronto son reducidos y, dándole la vuelta a un can de los que coronan la muralla frente a la puerta de la Comandancia, de un disparo destrozan la entrada. Forcejeando, consigue Solano librarse de sus aprehensores y huye por las terrazas, le sigue de cerca el tal Olaechea y le alcanza. Solano, de buena constitución física y mayor fortaleza que su adversario de un empujón lo arrojó a un patio falleciendo en la cada. Solano se refugia en casa de un amigo, comerciante irlandés Pedro Strange. La chusma destroza la casa de Solano y al no dar con él, comienza su búsqueda por los alrededores. Delatado por la criada del irlandés no pudo ya escapar de los que le perseguían. Reducido, Solano fue llevado a la plaza de las Nieves y amarrado cual malhechor, escuch su sentencia de muerte.

En la próxima plaza de San Juan de Dios se mantenía en permanencia un cadalso con una horca para ajusticiamiento de reos de la justicia. se era el destino que la chusma le tenía preparado al general. Cuando era llevado descalzo en burda comitiva hacia el lugar de su ignominia, se adelanta un joven llamado Florentino Ibarra quien sin mediar palabra le asienta al general una mortal puñalada en el estómago que le deja retorciéndose en el suelo. A pesar de ello los más exaltados insisten en llevar a rastras al general hasta la horca, no se conforman con su muerte, ésta debe de ser indigna. Dos amigos del general estaban presentes en la plaza observando tan deprimente espectáculo; uno de ellos, Carlos Pignatelli en un arrebato de indignación ante la visión de ver a su amigo colgado de una soga, profiriendo injurias y fingiendo estar a favor de la chusma, se acerca al general sable en mano y de certera estocada le atraviesa el pecho y así evita su sufrimiento. De seguido el otro amigo, el magistral Cabrera, personaje muy respetado por los gaditanos, se interpuso a las turbas que aún fallecido pretendían colgar el cuerpo del general. El magistral les exhortó al beneficio de la religión cristiana, no consintiendo que bajo ningún concepto se injuriase el cadáver de Solano. Durante esa noche la ira del populacho se saci con las haciendas de los familiares y amigos del general.

La impunidad con que la chusma se ensañó con el general Solano sin que fuera impedido por la guarnición militar de la plaza, hace pensar que detrás de los alborotadores actuaron ciertos personajes influyentes, poco partidarios del gobernador.

Solano nunca disimuló su afición a las costumbres y moda a la francesa imperantes en la sociedad del momento por lo que se le tildó de afrancesado. Posiblemente durante los dos años largos que los marinos franceses convivieron con la población gaditana el general Solano entablara amistad con el almirante Rosily, al fin y al cabo ambos mantenían puntos en común, a pesar de los veinte años que les distanciaban.

Liberal de ideas y monárquico de corazón, si de algo dudaba Solano era de la legitimidad de la autoproclamada Junta Suprema de Gobierno de la Nación. Su cautela por no adelantar acontecimientos y el no dejarse arrastrar por las exigencias de un pueblo soliviantado le costó la vida al valiente y brillante general de 39 años de edad, del que el propio Napoleón recelaba.

Movimientos previos

En contra de la voluntad de la Junta de Sevilla de que fuera su enviado, Eusebio de Herrera, el sucesor de Solano, acto seguido del vil asesinato del gobernador los mismos incitadores aclamaban a Tomás Morla para ocupar su lugar. General de avanzada edad y ya veterano en el cargo que ejerció anteriormente a Solano.

Morla fue uno de los generales miembro de la junta convocada por Solano y supuestamente era partidario de su forma de actuar. Suceso extraño que, para algunos historiadores es una sospecha de su implicación en la intriga contra el gobernador. La calidad y valía de Morla no era comparable con la de Solano y su elección estaba coaccionada a no acabar como su antecesor si no actuaba conforme a la voluntad popular. La Junta de Sevilla aceptó, no sin recelo la elección popular de Morla, poniéndole bajo la vigilante tutela de su favorito, general Eusebio de Herrera.

El día 28 de mayo, la Junta de Sevilla se dirige a la suprema autoridad del Departamento para *invitar a que la Marina se sume al movimiento patriótico*.

El día 30 de mayo se constituyó la Junta de los diputados del pueblo que confirmó el nombramiento de Morla como gobernador y presidente, de la que

a continuación pasó a denominarse Junta de Observación y Defensa, a semejanza de la de Sevilla, y cuyo primer acuerdo fue reconocer la supremacía de ésta. Acordando que todos sus miembros, para ser distinguidos, llevaran una faja encarnada de tafetán en la parte superior del brazo izquierdo. El jefe de escuadra Joaquín Moreno es nombrado capitán general del Departamento de Cádiz.

La primera determinación de D. Joaquín Moreno fue responder a la misiva de anexión de la Junta, en los siguientes términos (Anexo I):

... nos ofrecemos al cumplimiento de las disposiciones que tenga a bien dictar esa Junta Suprema de Gobierno... se determinó que en este pueblo se proclamara hoy mismo nuestro augusto Soberano, el Sr. D. Fernando VII, como se ha verificado con la solemnidad y pompa que ha permitido la cortedad del tiempo, en la tarde de este día, y con el júbilo que es consiguiente, en un pueblo que tan amante de su Soberano y cuya mayor porción es de militares e individuos del Ejército y Marina, a quienes caracteriza la lealtad a su legítimo Monarca.

Asimismo, el 30 reunidos los generales con la asistencia de Joaquín Moreno y de Ruiz de Apodaca, acordaron enviar a Rosily una misiva de rendición o, que si no, permitiera la separación entre sí de las escuadras. Recibido el mensaje, Rosily argumentó no haber motivo de hostilidad alguna contra su Emperador, y como prueba de ello accedió a la separación de ambas escuadras. Maniobra que los españoles realizaron con habilidad para quedar de nuevo fondeados a la entrada del canal.

El viejo general Morla se muestra dubitativo, no quiere ser quien asuma la responsabilidad de dar las órdenes de comienzo del ataque a los franceses, por lo que solicita autorización a la Junta de Sevilla, delegando en la máxima autoridad de Marina, Joaquín Moreno, los preparativos para el asedio. Los medios de que dispone el almirante son escasos, en el Arsenal falta de todo, por no quedar, ni amarras ni calabrotes, muy necesarios para mantener los buques fijos en sus amarraderos.

Los buques franceses se encuentran fondeados a tiro de fusil del fuerte de San Luis, que tan solo dispone de tres cañones y un par de morteros. Algo más distante, separado por el caño del Trocadero y también con tres piezas se encuentra el fuerte de Matagorda, desde donde se bate también a los france-

ses. Para evitar que el de San Luis quedara aislado y pudiera caer en poder de Rosily, Morla ordena desmantelarlo y reforzar con su artillería la batería que se monta en el Trocadero. Por otro lado, Moreno mandó armar dos navíos que se encontraban en la Carraca pendientes de carena (uno era el *Príncipe de Asturias*) y los situó protegiendo la entrada al caño del Arsenal. Se restableció la batería de La Cantera y reforzó Puntales.

La idea de Morla con el refuerzo de los asentamientos próximos y a la vista del almirante francés era, principalmente, amedrentarle haciendo parecer que se disponía de más medios de los que en realidad contaba.

A todo esto comienzan las negociaciones con los ingleses, cuya escuadra mantiene el bloqueo no desatento a los acontecimientos que en Cádiz se están produciendo. Morla envía a dos mensajeros a Collingwood a fin de cesar toda hostilidad y convenir los medios de una alianza con Inglaterra. La respuesta británica fue al estilo altanero que caracteriza a su almirante, no consiente levantar el bloqueo, mas se ofrece a adentrar sus buques en la bahía gaditana y batir a los franceses. Morla desechó amistosamente el ofrecimiento de Collingwood; más que nada, por no confiar en la perfidia británica que una vez pudiera haber rendido al francés quien le asegura que aprovechando el no haberse firmado acuerdo de paz entre España y su País no se hubiera revuelto contra la plaza con la intención de ocuparla. Por lo que solo aceptó el ofrecimiento inglés en cuanto que se encargase de evitar la salida de los franceses de la bahía. Rogándole que una vez dada la señal de comienzo de hostilidades adentrase una de sus divisiones a la bocana del puerto.

Preparación para el ataque a la escuadra francesa

Atento Rosily a los movimientos que denotaban una pronta hostilidad a su escuadra, intentó en varias ocasiones dilatar el diálogo con Morla en la confianza de que pronto su ejército acudiría en su ayuda. No obstante, y sintiendo la amenaza que la proximidad de los fuertes de Puntales y Torregorda suponían para sus buques, decide adentrarse en el saco de la bahía. Así que, aprovechando un día de viento fresco de poniente, levanta el fondeo y se adentra lo más próximo al Arsenal, en el lugar conocido como la fosa de Santa Isabel, en el entronque con el canal a Puerto Real. Con esta maniobra la escuadra francesa queda en una posición de difícil salida, pero con la ventaja de cortar la comunicación por mar entre el Arsenal y la escuadra de Ruiz

de Apodaca. Rosily cuenta efectivos suficientes como para amenazar con el ataque y desembarco sobre el Arsenal y con artillería y munición en abundancia como para ofrecer una tenaz resistencia.

Joaquín Moreno, debido a la imposibilidad de maniobrar en la ratonera en la que se han metido Rosily ve que el ataque con los navíos propios no es posible y concibe un plan de ataque, al que en un principio el jefe de escuadra Apodaca deseoso de enfrentarse e los franceses con sus buques se muestra reacio, pero que es el menos arriesgado. Consiste en el ataque a la escuadra francesa mediante fuerzas sutiles, es decir con embarcaciones ligeras debidamente armadas, sistema que en anteriores ocasiones había dado resultado.

Moreno, ordena a Ruiz de Apodaca la organización y dotación de las fuerzas sutiles, y que la escuadra se mantenga fuera del alcance de los fuegos franceses situándola a la altura de Puntales para así cerrar la angostura con Matagorda. También, ante la amenaza de que los franceses intentaran un ataque y desembarco en el Arsenal, le encarga al jefe de escuadra y comandante de ingenieros de Armada D. Rafael Clavijo el cierre de embocadura del caño de La Carraca; ya que, se había apreciado que la fragata *Cornelie*, la más avanzada de la escuadra francesa se: *había enmendado, acercándose al Arsenal y se concibió la sospecha de que fuese una tentativa para introducirse en el, con todos los demás buques*. Se llegó a calcular que la *Cornelie* se encontraba a poco más de una milla de la punta de la Clica.

Clavijo ordena echar a pique frente a La Clica, los viejos cascos del navío *Miño* y el de la urca *Librada*. Un tercer buque, la vieja fragata *Atocha*, estuvo apunto de acabar igualmente pero por premura de tiempo se desistió su hundimiento.

En vista al nuevo fondeadero de los franceses, hubo que desplazar los asentamientos de las baterías de costa a la línea comprendida entre Fadrillas y el Arsenal.

Brigada de obreros de la maestranza de Marina trabajaron en montar baterías en:

- Puente Zuazo
- Arsenal. 1 batería de morteros
- Casería del Osio. 2 baterías de cañones
- Lazareto. 2 baterías
- Punta de la Cantera. 4 baterías
- Almacenes de Fadrillas. 4 morteros y 2 cañones

Ruiz de Apodaca, recurriendo a los botes de su escuadra, rápidamente consigue armar doce bombarderas y veinticinco cañoneras. Contando con cuantas embarcaciones alista el arsenal para ser armadas y atacar desde ese frente, forma un total de tres divisiones de quince cañoneras cada una, mandadas por los brigadieres José Quevedo, Miguel Gastón y por el capitán de navío José Rodríguez de Rivera. El mando de las fuerzas sutiles recae en el jefe de escuadra Diego de Alvear.

El plan de ataque de Moreno era minucioso y preciso y determinaba, además, que las cañoneras debían situarse en primera línea de tiro, después las bombarderas fuera del alcance de tiro de cañón enemigo y, tras ellas, los botes con la tropa y embarcaciones de auxilio con pertrechos, arpeos dispuestas a socorrer las embarcaciones incendiadas. Así mismo el mayor general estableció un código de señales para poner de acuerdo a navíos, cañoneras, fortificaciones y mandos. Desde la posición dominante de la Torre Vigía en el centro de la ciudad el general Morla, como máxima autoridad daría la orden de abrir el fuego y cesarlo según la marcha del combate. En cada buque un encargado de observar las señales las repetiría para así coordinar la acción.

Moreno a bordo de su falúa dirigiría el combate que se efectuaría simultáneamente por cañoneras y bombarderas desde el arsenal y bahía, con el apoyo del fuego de las baterías del frente Este, reforzado por el de dos navíos fondeados el caño de La Carraca.

El 6 de junio, se hacía desde Sevilla la declaración de guerra al Emperador francés, en bando que se hizo público por todos los rincones de la Nación (Anexo II). Acto seguido, y por mandato de la Junta de Sevilla quedaron requisados todos los bienes de procedencia francesa, exigiendo a los residentes de esa nación, para su respeto y demás circunstancias, la declaración solemne de fidelidad a España, bajo pena de expulsión.

Primer día de combate

En la mañana del 9 de junio, finalizados los preparativos y autorizado el ataque por la Junta de Sevilla, el general Morla envía un comunicado a Rosily intimándole a la rendición de su escuadra:

A este efecto doy a VE. dos horas de tiempo para que se resuelva a la rendición; más negándose a ella después de ese tiempo, o viendo en el hacer cualquier movimiento, soltaré mis fuegos de bombas y bala rasa, (que serán rojas si VE. se obstina); atacará la Escuadra Española, y también las fuerzas sutiles. En fin la Escuadra Inglesa estará a la boca del Puerto para que no quede el menor recurso

Rosily responde a Morla con dos oficios, el primero manifestaba su negativa a la rendición, estando dispuesto a perecer juntamente con su escuadra. El otro decía que siempre y cuando se alcanzase del almirante inglés la seguridad de que no acometería ni perseguiría a su escuadra en el espacio de cuatro días desde el de su salida, al punto se alejaría de las aguas de Cádiz. La respuesta no se hizo esperar y Morla mandó izar en lo alto de la Torre de Vigía, donde estableció su observatorio, la señal de comenzar el ataque, señal que era repetida desde la cúspide de la Torre Alta en la Isla.

A eso de las cuatro de la tarde las baterías de la costa comienzan un violento fuego contra los franceses, protegiendo el avance de la flota de cañoneras y bombarderas que se aproximan desde ambos lados de la bahía hasta alcanzar la distancia de tiro a los buques enemigos; éstos, acoderados y con sus costados haciendo frente a la bahía, se encuentran dispuestos al combate, con sus cubiertas y costados protegidos por cables y calabrotos. Al atardecer cesa el combate, durante cinco horas el intercambio de fuego ha sido incesante, sin conseguir de los franceses doblegar la resistencia.

De resultas de esta acción siete de nuestras cañoneras resultaron seriamente dañadas y dos se hundieron, ocasionando 4 muertos y 5 heridos. El fuego francés fue principalmente dirigido a las incordiantes baterías costeras, especialmente desde el *Algeciras* al asentamiento de la Cantera, que resultó desmontada, con 8 muertos y 26 heridos. Los franceses acabaron esta primera jornada con daños de importancia en cascos y arboladura, con la bajas de un oficial y 13 marineros muertos y 51 heridos.

Segundo día de combate

A primeras horas de la mañana del 10, apenas despuntaba el sol, por ambas partes se reanudaba el combate, pero con menor intensidad que el día

anterior; hasta que, a eso del mediodía se ve ondear en el *Heros* la señal de parlamento. Lo que no llegó a suponer Rosily era que con gran satisfacción Joaquín Moreno ordenó el alto el fuego, dada la escasez que para entonces había de pólvora y municiones, agotadas casi en su totalidad el primer día de combate. Al igual que en una jugada de poker los *faroles* era lo que le quedaba a Morla para doblegar a poderoso enemigo, sin desear recurrir a la ayuda ofrecida por Collingwood.

Rosily necesita tiempo, de ahí que en este parlamento no ofrece una alternativa diferente, sino que insiste en su postura anterior, y vuelve a proponer que: *Se le permita la salida de Cádiz con su escuadra, bajo la promesa formal de no ser atacado ni perseguido por la escuadra inglesa de lord Collingwood.* A lo que Morla de manera altanera responde:

Pido a V.E. reflexione sobre el particular, sobre la inutilidad de su resistencia, y se persuada de no asentir a la rendición que le intimo por segunda vez, usaré de todos los medios vigorosos con que me hallo para destruirlo, haciendo a V.E. un estrechísimo cargo como responsable de todos los perjuicios y desastres que se originen en consecuencia.

Morla se mostró cauto y mantuvo el alto el fuego en espera de que el francés tomara la iniciativa, lo cierto es que a penas disponía de pólvora para otro ataque en fuerza. Quizás fuera la tarde de este día 10 cuando sí Rosily se hubiera decidido a atacar con toda su escuadra, desembarcando en La Carraca, difícil se les hubiera puesto las cosas a los españoles. Pero el temor de los franceses a encontrarse con una fuerte resistencia, por otro lado inexistente, les hizo dudar del inútil sacrificio que podía suponer.

Al día siguiente 11, Rosily envía una nueva propuesta, cediendo algo en sus pretensiones. Insiste en que se le deje abandonar Cádiz añadiendo que: *desembarcaría todo el armamento de sus buques y con la bandera arriada, pero continuando las tripulaciones a bordo, así como su Almirante y Comandantes con mando efectivo en los buques.* Condiciones que son interpretado por los generales españoles como un síntoma de que empezaba a flaquear los ánimos de resistencia en las filas francesas.

El *farol* había que rematarlo, para ello Morla contesta a Rosily que no está capacitado para aceptar las condiciones sugeridas y que debe de consultarlas con la Junta Suprema. Esto les daría a los españoles tiempo para resta-

blecer las posiciones dañadas; más aún, siguiendo la estratagema del engaño y el amedrantamiento, se ordena instalar una batería de hasta 30 cañones de a 36 entre la Casería del Osio y Fadrucas, bien a la vista de los franceses. Además de poner en posición de combate en la bocana del Arsenal al navío *Santa Ana* que se encontraba carenando. Se alistaron mas cañoneras y bombarderas sin disimulo y con alarde de fortaleza, e incluso se dejaron ver el humo de hornillos en algunas baterías amedrentando con utilizar balas rojas contra los vulnerables navíos galos.

Se sucedieron dos días de incansable movimiento amenazadores de los acosadores ante la pasividad de los franceses. En la mañana del 14 se le da contestación a Rosily: la Junta Suprema se niega a aceptar las condiciones, ofreciendo tan solo: *respeto a las vidas y equipajes de los rendidos*.

Rosily convoca a sus comandantes y en vista de la aparente inutilidad de resistir al asedio decide arriar la bandera y rendir la escuadra. No tarda Morla en publicar la siguiente proclama:

Gaditanos: la escuadra francesa al mando del almirante Rosily, acaba de rendirse a discreción confiada en la humanidad y generosidad del pueblo español. Cádiz 14 de junio de 1808.- Morla.

Actuaciones tras la rendición

Rendida la escuadra francesa, los segundos oficiales de la escuadra española tomaron el mando de los apresados. Los buques capturados, incorporados a la Armada mantuvieron su nombre traducidos al castellano, excepto el *Argonauta* que pasó a ser el *Vencedor*.

A los oficiales franceses se les autorizó a permanecer en sus buques, mientras que a la marinería y tropa se la recluyó el presidio de Cuatro Torres de la Carraca, así como en los navíos *Castilla* y *Terror* habilitados como pontones y fondeados en mitad de la bahía gaditana, amarrados a muertos.

Los efectivos capturados a la escuadra francesa fueron cuantiosos, no olvidemos que se encontraba pertrechada para cinco meses de campaña. Se hicieron y capturaron:

- 3.676 prisioneros
- 442 cañones de a 36 y a 24 libras

- 1.651 quintales de pólvora
- 1.429 fusiles
- 1.069 bayonetas
- 80 esmeriles
- 50 carabinas
- 505 pistolas
- 1.096 sables
- 425 chuzos
- 101.568 balas de fusil
- Así como el los cargos casi completos de munición de cañón.

De gran alivio fueron para el exhausto Departamento, los víveres y demás recursos confiscados a los franceses.

A pesar de que Morla sugirió a la Junta Suprema, restándole importancia a la acción por el reducido número de víctimas tenido, cualquier recompensa, la Junta determinó ascender en un grado a todos los oficiales y tropa, de Marina y Artillería.

A raíz de la victoria sobre los franceses muchos fueron los que en Cádiz y alrededores acudieron a alistarse, movidos por un apasionado deseo de hacer frente a un ejército del se desconocía su verdadera fortaleza. En D. Diego de Alvear recayó la responsabilidad de organizar los batallones de los llamados *Voluntarios distinguidos* nutrido con individuos de buena clase social que pagaban su incorporación a filas y que en los años posteriores jugarían un importante papel en la defensa de Cádiz.

Los ingleses atentos a los acontecimientos que se estaban sucediendo, vieron en esta victoria ocasión para establecer unos vínculos que le permitieran poner los pies en suelo Ibérico. El gobernador de Gibraltar, Mr. Dalrymber, ofreció al gobernador español una división de 5.000 hombres para hacer frente a al ejército francés que se esperaba actuara en Andalucía.

En cuanto a Rosily, el 5 de agosto la Junta Suprema le autorizó a regresar su país bajo palabra de no servir contra España sin ser canjeado. Le acompañarían algunos oficiales de estado mayor; así como el general Marescot, prisionero en Bailén, y el embajador Mr. Le Roy. El almirante Collingwood expide pasaportes para el traslado en una fragata inglesa a puer-

to francés. No debió ser importante para el Emperador la derrota sufrida pues Rosily recuperó sus funciones de director del Depósito General de Mapas y Planos de la Marina. Continuó su carrera dedicado a la hidrografía, organizó el Cuerpo de ingenieros hidrógrafos.

De vicealmirante, a los 84 años de edad, fallece en París el 12 de noviembre de 1832. Rosily había alcanzado renombre y prestigio mundial en el campo de la ciencia, condecorado con la Gran Cruz de la orden de San Luis, de la Legión de Honor y de la Orden danesa de Dannebrong. Hasta el punto de que su nombre figura en inscrito en el Arco del Triunfo.

Muy diferente fue el destino del resto de los prisioneros de la escuadra de Rosily a los que se les uniría los capturados en Bailén. Juntos sufrirían un cautiverio que envilece los anales de nuestra historia. Más allá de la prometeda repatriación la mayor parte de ellos sucumbiría en el destierro en la isla de Cabrera.

La Junta Suprema creó una medalla para conmemorar esta acción contra la escuadra francesa con la que premiar a los que destacaron en ella. Consistía en un águila imperial invertida entre dos sables cruzados con una corona real en la parte superior y una inscripción a su alrededor: «Rendición de la escuadra francesa 1808». Posiblemente debido a considerar que llevar el águila invertida era ofensivo, fue por lo que, tiempo después se hizo una versión de estas medallas con el águila derecha, cambiando la corona real por una de laurel que quedó en la parte inferior.

Conclusiones

La Armada española se hizo con cinco navíos en perfecto estado que de alguna manera compensaron las pérdidas habidas en Trafalgar.

Creó un espíritu de lucha en la población española ante un enemigo al que se consideraba imbatible.

Supuso la ruptura del bloqueo continental impuesto por Napoleón y abrió por Cádiz la entrada a España de fuerzas aliadas.

La rendición en Cádiz de la escuadra francesa, junto con la derrota del ejército de Dupont en Bailén, supuso el comienzo del declive del imperio napoleónico.

LA MARINA EN LAS PRIMERAS OPERACIONES TERRESTRES

José Enrique VIQUEIRA MUÑOZ
General de brigada de Infantería de Marina

Introducción

Después de Trafalgar una Marina que había quedado diezmada y destrozada, que no había logrado hacer un solo barco, que mantenía en cambio una gran cantidad de centros burocráticos y había dejado el poder naval en manos de los ingleses, ahora nuestros aliados, no tenía más que una capacidad limitada para intervenir en la guerra por mar. Pero en una contienda que nace claramente de un levantamiento popular caracterizada por el entusiasmo y el patriotismo, la Armada en general con muy pocas excepciones se dispuso a luchar en tierra junto al pueblo bien poniendo en acción las unidades de Infantería y Artillería de Marina existentes que combatirían al lado de las del Ejército o bien alistando a sus miembros en las propias unidades de Ejército en algunos casos en tan alto grado de participación, que podría decirse que formaron los cuadros de mando de unidades completas dentro de su organización.

De esto vamos a tratar en esta conferencia, de la participación de la Marina en las primeras operaciones en tierra entendiendo por tales las que ocurrieron en 1808. Como se puede comprender por razón de su entidad la proporción es poco significativa (el Ejército tenía al comienzo de la guerra unos efectivos de 140.000 (1), mientras las tropas de Marina (2) no alcanzaban a más de 7.000) pero si lo suficiente como para hacer notar su valor, su entusiasmo y su preparación.

Por otra parte algunos de los hechos que aquí vamos a tratar, aunque no constituyen operaciones propiamente dichas, sí resaltan la presencia de la Marina o de sus miembros como actores o testigos de acontecimientos realmente importantes. Otros, en cambio, constituirán auténticas operaciones en

(1) 39 Regimientos de Infantería de Línea, 6 Regimientos de Infantería Suiza, 43 Regimientos de Milicias provinciales, 12 Regimientos de Caballería y 62 Compañías de Artillería entre otros.

(2) 4 Batallones de Infantería de Marina y 20 Brigadas (Compañías) de Artillería de Marina.